

MIGUEL HERNÁNDEZ, AGRICULTURA VIVA

POR

FRANCISCO UMBRAL

Miguel Hernández ha pasado a la historia de la poesía española contemporánea como el poeta de la rehumanización de la lírica. Esto supone, y efectivamente se ha supuesto así, que la poesía anterior estaba deshumanizada, cosa que todos los poetas «deshumanos», los de la llamada generación del 27, han ido negando sucesivamente, uno por uno y cargados de razón.

La supuesta deshumanización de nuestra lírica contemporánea comienza con el magisterio y la influencia de Juan Ramón Jiménez, que ahoga en su apogeo a los humanísimos Antonio Machado y Miguel de Unamuno. Pero he aquí que Juan Ramón no fue, no es, no ha sido nunca un poeta deshumanizado, un poeta sin el hombre, sino un poeta de un solo hombre: él mismo. Distingamos entre egocentrización y deshumanización. En puridad, y partiendo del gran *pastiche* modernista, lo que hace Juan Ramón es exactamente rehumanizar la poesía de su tiempo. En las japonerías de los modernistas no estaba el hombre. Toda la humanidad del modernismo cabe en un biombo. Con Juan Ramón, irrumpe de nuevo, en la poesía, el hombre, echando abajo el biombo. Un solo hombre, sí, y no el hombre todo, la humanidad, como sería de desear. Pero más vale un hombre de verdad—y qué de verdad lo era Juan Ramón Jiménez—que mil princesas de tapiz. Por otra parte, lo de Machado y Unamuno no son sino otras formas de egocentrización: vertical en Unamuno, horizontal en Machado, pero igualmente exasperadas. Tres hombres se habían puesto en pie en la poesía castellana. A sus pies quedaba un resto de las serpentinatas modernistas. Después de la escayola neoclasicista y del satén del modernismo, ellos suponen la auténtica rehumanización de nuestro verso. Rehumanización que, como digo, tiene todos los caracteres de egocentrización en cada uno de ellos—también en Machado, sí—, pero que nos permite tocar a un hombre, ya que no a toda la humanidad, en cada uno de sus libros, como decía Walt Whitman de los suyos.

Los deudos y sucesores de estos padres terribles son los poetas de la gongorina generación del 27 o de la Dictadura. Parece que entre todos ellos anda la poesía pura como amante compartida. Yo no sé si

se puede llamar poesía pura a aquello que efectivamente es pura poesía, mas, en todo caso, basta con ir repasando los hombres y las obras para comprobar que, si en alguien se da la llamada, supuesta e hipotética poesía pura, en ninguno se da la poesía deshumanizada. Entre otras cosas, porque el hombre está condicionado por su humanidad, ella es su alienamiento y no puede hacer nada deshumano, de modo que sólo podemos llamar deshumanizado a aquello que es imitación de la vida o de donde la vida se ha ido, como eran imitación de la vida, de no sé qué exótica y vagarosa vida, los decorados modernistas. Como de sus disfraces arlequinescos había huido la verdadera vida. Nada de lo que crea el hombre puede nacer deshumanizado, y sólo podemos hablar de deshumanización cuando las cosas pierden humanidad, cuando sólo son pálida alusión al hombre que las habitó. Pero vengamos a los culpables, sentemos en el banquillo a los reos acusados de lesa deshumanización, de atentado contra la humanidad del arte. Vengamos a los nombres de nuestros poetas de la segunda gran generación literaria española del siglo, la de 1927.

Jorge Guillén, poeta-frontera, para muchos, de la poesía deshumanizada, es un cantor de la vida realísima y cotidiana. Sólo que nos da sus exaltaciones vitales en fórmulas decantadas, sustituyendo la metáfora por el silogismo lírico. «La redondez del planeta», que diría él, palpita bajo su pie caminante. Jorge Guillén ama «lo tan real, hoy lunes». Está dentro de las semanas de la vida. Rebajando el voltaje intelectual a que escribe, a que escribió «Cántico», tendríamos eso que hoy se llama un poeta de lo cotidiano. No nos dice cosas muy distintas de las que nos dice otro Guillén, Rafael. La distancia sólo se plantea en los distintos niveles cerebrales a que uno y otro trabajan.

Vicente Aleixandre, otro gran inculpaado de deshumanización, titula su primer libro *Pasión de la tierra*, humanizando así la geología. Y en su libro máximo, *La destrucción o el amor*, va de un franciscanismo laico, que hermana tigres e insectos, a un pansexualismo que nunca es panteísmo, inmersión de la naturaleza humana en más naturaleza, sino quejido humanísimo ante la belleza, la destrucción, el amor, la muerte. Se viene diciendo, por una parte, que la poesía de Aleixandre es frígida, deliberada, distante, y, por otra, que es una poesía romántica. Entre estos dos juicios hay, efectivamente, una contradicción, pero yo no creo que uno de ellos invalide al otro, que en uno de ellos esté la verdad, ni tampoco que haya una verdad independiente en cada uno de los dos. Creo, más bien, que la verdad está precisamente en la contradicción. Vicente Aleixandre es un romántico que armoniza cerebralmente su entrevisión caótica de la naturaleza y el hombre, como Guillén es un clásico con toda la pujanza de vida

que da sus formas al clasicismo, pero que se complace en hacer cada forma «mental para los ojos mentales».

¿Y Federico García Lorca? Ni por espacio de un renglón puede ponerse en dilema la humanidad derramante, polivalente, devorante, de García Lorca. Lorca es la situación límite de lo humano, y acabo de escribir todo un libro sobre él para tratar de perseguir los últimos y fugitivos fondos de vida y conciencia que afloran o se sumergen en su obra. Y, sobre todo, para destruir en lo posible el busto convencional que le efigia como esteticista señorito andaluz folklorizante. En Lorca hay una soberana estética, potenciada precisamente por su insondable pasión humana, y si él fue convencionalmente gongorino con ocasión del centenario, es la vitalidad de Lope lo que se le dispara en seguida desde su lirismo dramático. La dramaturgia—lírica y teatral—de García Lorca no es sino la puesta en marcha y en escena de su esencial tragicismo. La estética de Lorca corresponde a un panteísmo inverso, trágico; a un panteísmo antihedonista que le da una visión total, pero siniestra, de la naturaleza toda y de su Andalucía en concreto. Su comercio en vida y obra con el mal superfluo y el erotismo superfluo de la naturaleza—el exceso innecesario, el lujo de sexo y de muerte que hay en la vida y en el hombre—me ha permitido entender a Lorca como poeta «maldito», que no es exactamente *in dudit*, en el sentido novelesco, anecdótico, *mondaine*, que puede tener este concepto desde la literatura burguesa. En cuanto a su pecado de folklorismo, ya dijo él en muy avanzada y madura ocasión que en su *Romancero* no está la Andalucía que se ve, sino la que se siente. La procesión folklórica andaluza va por dentro en el alma y la poesía de Federico. Es concatenación con el demonismo—o daimonismo, como prefería decir Goethe, y si es que la otra palabra asusta demasiado—de la tierra andaluza. Andalucía es, con Galicia, la gran región, región daimónica y esotérica de España. (Por algo llegaría Lorca a escribir un día en gallego.) El esoterismo andaluz, entretejido de todas las sucesivas razas magicistas que han poblado aquella región—judíos, árabes, moros, gitanos—, es lo que Lorca toma del folklore o lo que nos da transmutado en folklore. Porque Lorca, buscando la gracia del pueblo, encontró su pena, la pena del pueblo, y la pena andaluza es minimización regional de la angustia universal, como el duende andaluz es minimización, caricatura, diminutivo del demonio. Una vez dentro de todo este pobladísimo mundo lorquiano, ¿puede seguir entendiéndose al granadino como poeta estetizante y folklorista: deshumanizado?

Por lo que respecta a todos los otros poetas de la generación del 27, es evidente que en cada uno de ellos alienta el hombre, y con

frecuencia no sólo el hombre que escribe, sino el hombre todo, aun cuando no siempre en situación conflictiva. ¿Por qué, entonces, se ha llamado a esta poesía deshumanizada? Yo creo que por un error de perspectiva. El hombre no es lo que falta en esta poesía, sino, precisamente, lo único que se salva. Lo que falta es el paisaje, la naturaleza. El cosmos lineal y aritmético de Guillén, los paraísos miniados de Aleixandre, las acuarelas y las lacas de Alberti, no son naturaleza. Salvo lo que he llamado el panteísmo trágico, inverso, antihedonista, de Lorca, en los demás poetas de esa generación no hay naturaleza. Antes que de una poesía deshumanizada, se trata de una poesía desnaturalizada.

El peligro de desnaturalización empezó en Juan Ramón Jiménez. Juan Ramón, acendrando belleza pura, «incolores casi verdes», buscando el destello esencial y último de la naturaleza en la hoja más alta del chopo, todavía con sol de tarde, llegó a una mitificación del paisaje que no es precisamente panteísmo, sino, muy al contrario, sustitución de los paisajes exteriores por su paisaje interior. Juan Ramón no es panteísta, porque no se confunde nunca con el friso grandioso de la naturaleza, sino que asume la naturaleza en su alma y «chorea belleza propia». Así, su rosa, que no hay que tocar ya más, ni siquiera es una rosa, sino un poema, como la rilkeana rosa lapidaria, «pura contradicción, sueño de nadie bajo tantos párpados». En Rilke, como en Juan Ramón, estamos ya muy lejos de la rosa del rosal. Estamos en la rosa del concepto. Esto lleva a hablar, con inexperto cambio de clavija, de poesía deshumanizada, cuando lo que hemos perdido no es el hombre—tan egoístamente a salvo—, sino la naturaleza.

Los poetas del 27, siguiendo este juego de transmutación de la naturaleza en concepto, se van alejando cada vez más del fondo realísimo de la vida, y cuando Guillén escribe que «todas las rosas son la rosa», tampoco nos obsequia ya con una rosa fresca y verdadera, sino que nos da liebre por gato, concepto por aroma. Del mismo modo, Aleixandre llegará a hablar de «un viento que no mueve unas hojas no verdes». ¿Qué viento es ése, qué hojas son esas «hojas no verdes»? ¿Qué naturaleza es la que se invoca? Una naturaleza desnaturalizada, no traída al poema mediante el juego tradicional de las equivalencias, las sinestesias y las imágenes, sino creada dentro del poema artificialmente, con rosas que son silogismos y hojas verdes que ni son verdes ni son hojas. Si de algo es culpable la generación del 27—hecha la salvedad de Lorca y alguna otra, que tampoco son salvedades absolutas, sino parciales—, no es de deshumanización, sino de desnaturalización. Me parece, por otra parte, lógico que esto haya